

# *El río*



*A Fernando, por su inestimable  
colaboración y por sus historias  
de infantería.*

El agua fría adormece los músculos de las magulladas piernas y lacerado torso. Los conocimientos que posee sobre corrientes de montaña le dan un cálculo rápido de su situación. El líquido, debido al temprano deshielo baja a poco más de cinco grados centígrados, de no producirse algún cambio el agua helada y el rabioso viento nor-

# El río



teño le pronostican medio día antes de que le acometa el sueño y adormecido muera por hipotermia.

Y la carretera a unos cuantos metros.

Lo más irónico es que no puede alejar de su mente la imagen de un *Boston Browning's*, sí, uno de esos con gofres cortados en cuartos, fresas laminadas, dos bolas de helado de vainilla, nata batida y sirope de chocolate regándolo todo; de los que siempre se come de dos en dos en el *Fargi's*. La amplia boca dibuja una sonrisa forzada en la mandíbula trapezoide.

Carlos se aburre, ir a Lugo a ver a su madre le fastidia enormemente, prefiere estar con su padre. Es lo peor del chollo este del divorcio con el que sus padres no paran

# El río



de regalarle un montón de cosas, todos los caprichos son concedidos, es como si compitieran por ser el más querido y el concederle todos sus deseos fuera la línea a seguir. Pero las visitas eventuales a su progenitora comienzan a sacarle de quicio. Está harto de la carretera, se la conoce de memoria, al principio era divertido ir a más de doscientos en el *Porsche* plateado de papá, su compra fue una de las causas de la ruptura matrimonial. Ahora ya era rutina, de modo que prefería ir apretujado en los pequeños asientos traseros jugando con la *Gameboy*. Levanta la vista y se desespera ante la alargada extensión de asfalto de la A-6, pero también distingue un enorme tráiler de dieciséis ruedas.

—Papá, no corras que quiero ver el camión.

—Oh... ¡Vamos Carlos! ¡Llevo un ritmo muy bueno!

# *El río*



—Se lo diré a mamá —Juega inteligentemente el niño.

Su padre farfulla algo ininteligible, aminora y reduce a cuarta, pasan en los límites legales de velocidad al lado del enorme engendro que transporta una gigantesca cercha de hormigón forjado probablemente destinada para una nave industrial en construcción. Dada la escasa altura del deportivo la cabeza del niño queda al ras de los ejes a lo largo del adelantamiento, a Carlos le impresionan las enormes cubiertas girando. Tras rebasarlo y volver al carril derecho Carlos se gira en el asiento y continúa mirando, el conductor que ya se sospechaba algo parecido por la rara maniobra del deportivo toca al claxon un par de veces en cuanto distingue la silueta del chiquillo a través del achaparrado parabrisas trasero.

# *El río*



Abel escucha los dos fuertes impactos sonoros viajando de menor a mayor y de nuevo menor intensidad en su estática posición con respecto al movimiento del tráiler. Un mirlo acuático se posa en una roca que despunta a modo de pequeña mejana en el centro de la suave corriente, se baña con saltitos inquietos, como nervioso. En ese hacer tan de las aves, son más de cien pulsaciones por minuto para un cuerpo muy pequeño y ligero con un metabolismo en extremo acelerado los que motivan la sensación. " ¡Eh... Que no hay francotiradores, tranquilízate, no te cabe una aguja por el culo." Abel ríe la broma aun a pesar de las molestias en el tórax .El pajarillo emprende el vuelo, muy bajo, casi rozando el agua clara con las puntas de sus alas

# El río



oscuras y se pierde de vista. Quizá así vuelva a ver al capullo aquel del Grajo, se dice retóricamente...

— ¡Eh! ¡Gallego! ¡Despierta!

Abel se dio por aludido, estaba descansando en una hamaca colgada en la tienda de red montada sobre la arena de la playa. Intentando evadir en la modorra el desagradable bochorno mediterráneo de la tarde. El fuerte acento aragonés y el *nom de guerre* le hicieron reconocer al visitante antes de verlo. La gigantesca silueta del turolense se recortaba oscura a contraluz.

—Don Fernando Mestayer—dijo Abel con tono irónico—. ¿Cómo tú...

—Déjate de hostias —Se acercó a Abel, que aún

# *El río*



estaba incorporándose, y lo abrazó con fuerza levantándolo incluso unos centímetros del suelo.

Fernando era de origen cántabro pero de muy niño sus padres se habían trasladado a Calamocha por causa de una herencia. Aquel moreno chiquillo larguirucho se convirtió pronto en un fortachón de enorme cabeza y desproporcionado cuello de toro. La tez aceitunada y unos rasgos faciales muy marcados aun sin estar delgado le conferían un aspecto frío y amenazador que sólo rompían los pequeños ojos castaños. Él y Abel fueron de los escasos cien que salieron uniformados de los más de seiscientos que se presentaron aquella primera semana en el centro de Instrucción de Cartagena del cuerpo especial de la Armada, Infantería de Marina, ya hacía más de diez años.

—Vengo hasta los cojones de los mierdas esos de

# El río



los *pies blandos*. No hacen más que incordiar...

—Sí todo el rato con el coñazo de cambiarles la ración, ¿un pito?

—Si, bueno se supone que lo he dejado...

—Te hacía en el Castillo por lo del follón con aquel jerezano borracho que te pidiera tabaco.

—Ya es agua pasada...Tengo que marchar a Tente-gorra para la instrucción de unos novatos bajo mando del Capitan Fiol. Pero ahora es cosa de mariconas, era mucho más jodido cuando lo hicimos nosotros.

—Todos dicen lo mismo de las promociones anteriores.

—Ya... Bueno, me tengo que ir, he apalabrado una partida de póquer, nos vemos.

Se dieron un apretón de manos y sin palabras los

## *El río*



ojos se despidieron, su profesión determinaba la parquedad en las palabras aun a pesar del afecto. Abel se quedó en pie cerca de la entrada a la camuflada estructura improvisada. A unos metros algunos infantes discutían con un grupo de *marines* para intercambiar las raciones en lata de fabada, cocido y similares que los españoles reciben como ración de campaña por algo de material militar como machetes o cinchas que los estadounidenses consiguen fácilmente sin interminables papeleos y que, sin embargo, reciben como rancho insípidas comidas liofilizadas. Un tanto más alejado un *negraco* fortachón que parecía ya había cerrado tratos extendía el contenido de una lata de albóndigas o similar en una barra de pan y semejaba pensaba comérselo. Estos capullos, pensó Abel, siempre igual, así les fue en Vietnam, no me extraña que aún les duela el

# *El río*



culo por la jodienda aquella.

Lo cierto es que para el orgullo infantil del país de los estados el cuarto de millón de bajas fue un duro golpe, y más aún cuando sólo unas cincuenta mil fueron en combate real. Al resto se los comió la selva con la disentería, el cólera, la fiebre amarilla, las alimañas y las enfermedades venéreas que las adorables prostitutas de pequeñas tetas amarillas se empeñaban en contagiar.

La figura de Abel se recortaba contra la claridad que atravesaba la translúcida red.

Abel mide algo menos de seis pies y su complexión es normal. Una genética favorable y los años de entrenamiento lo han convertido en un fibroso manojito de cables de acero y rápidos reflejos. El rubio pelo recortado pero desigualmente rapado siempre se revuelve indomable, la

## *El río*



nariz y el mentón rectos, bien formados y prominentes. La expresión de su cara austera como el carácter. Unos vivos ojos color avellana surcados de finísimas arrugas delatan la inteligencia y templanza que tan útiles le son como soldado.

Giró la cabeza en ambos sentidos, al sur el Mediterráneo, al este Zahara de los atunes, al oeste Barbate y al norte las posiciones que deben ser tomadas por los de tierra tras las informaciones que él, con su sección de infantes, radiaron tras la infiltración nocturna de setenta y dos horas antes; un ejercicio rutinario de maniobras con su compañía, la de Adiestramiento Profesional, y mucho fuego para curtir a los novatos.

Esa sería la última vez que vería a su amigo el Grajo, un par de semanas después un aparatoso incidente con

## *El río*



munición contra-carro C-90 le deshizo media cabeza. Moriría pocas horas más tarde en el hospital militar acompañado en el coma por un teniente general que había llevado a su mujer al dentista y a la que abandonó a su suerte cuando supo que uno de los infantes tenía problemas.

Apoyándose incómodo en el surtido de guijarros y cantos de la ribera, con las manos por detrás de la espalda, a la altura de los omóplatos, intenta acomodarse un poco mejor. Descargando el peso precariamente sobre los codos flexionados. Es momento de hacer balance y analizar la situación a fin de buscar soluciones. Ambas piernas con múltiples fracturas medio flotan inertes ante él, las bajas temperaturas adormecen el dolor. No lo sabe con certeza

## *El río*



pues no le es posible abrir el pantalón, pero cree sentir que ninguna de las fracturas sea abierta o que haya roto la piel provocando heridas exteriores; aunque está seguro de que son lo suficientemente aparatosas como para sufrir hemorragias internas preocupantes. Siente el torso magullado y quizá una fisura en el lado derecho, pero nada roto por la zona. Los brazos parecen funcionar correctamente, pero comienzan a acuciar el cansancio de sostenerse; en la cabeza sólo una brecha en la ceja y un mínimo corte en un pómulos.

Como inventario de equipo poco hay que analizar. Los amplios bolsillos del pantalón de loneta, vacíos a no ser por un paquete de *Ducados* arrugado con un mechero dentro. Reacciona al recordarlo y dificultosamente saca los cigarrillos para extraer el pequeño encendedor de plástico

## *El río*



azul y letras publicitarias, deja caer el paquete al agua donde la corriente lo arrastra y realiza un par de pruebas. Como es lógico no enciende, pero no lo rechaza, guardándolo en uno de los bolsillos del pecho de la camisa de franela que están por encima del nivel del agua. La camisa está húmeda pero por lo menos así el mechero no permanece sumergido. Colgado del ancho cinturón de cuero su eterno cuchillo de campaña con empuñadura de nogal, lo lleva en una funda de cuero que pende del cinto y que ha de atarse también al muslo, en la funda un pequeño compartimento contiene un suavizador para mantenerlo siempre afilado. "Eres tan afilado como lo es tu cuchillo", reza la sentencia mercenaria. Por último, su pequeño equipo de supervivencia, herencia de las SAS con los que tantas maniobras realizara; en el bolsillo libre de la camisa, del ta-

## *El río*



maño de una petaca, una ligera caja de aluminio de dos tapas, rodeada la junta de ambas con cinta aislante para que sea estanca contiene, en continua revisión de estado, ya que siempre la lleva encima, incluso en ciudad: cerillas impermeabilizadas con cera, una vela de parafina especialmente recortada, pedernal, una pequeña lente convergente, hilo y agujas, brújula, una luz beta del tamaño de una moneda, alambre para trampas, una sierra flexible de alambre trenzado, cuchillas quirúrgicas, suturas de mariposa, apósitos, preservativos para contener líquidos, y un surtido botiquín minimizado con pastillas potabilizadoras de agua, antihistamínicos, analgésicos, antibióticos de amplio espectro, sedante intestinal y permanganato de potasio que tanto podría servir para esterilizar agua como para convertirla en desinfectante en función de la cantidad añe-

## *El río*



did. Consideró el tomarse un calmante, pero era mejor soportar el dolor que arriesgarse a adormecerse lo que de seguro le condenaría, necesitaba mantenerse despierto y con la mente ágil.

El río baja crecido por las abundantísimas lluvias invernales, el agua está tomada por lo que es imposible distinguir el lecho, pero es consciente de que no debe hacer pie en todo el pozo, pues en la caída no sintió llegase a tocar fondo a pesar de la fuerte inercia con que entró en el agua. Aguas arriba la corriente ruge rabiosa a la cabecera del remanso, metros más abajo la cola de la poza semeja más batida aún. Dejarse llevar río abajo no despunta como solución, los rápidos que divisa aparecen peligrosamente salpicados de rocas.

—No, no es buena idea, no me apetece acabar como

# *El río*



un mosquito en un parabrisas —se dice en voz baja—.

Remontar el río nadando resulta inviable. En condiciones físicas normales es un gran nadador, incluso lo avalan un par de medallas en las competiciones militares del Estrecho pero, la fuerte corriente no se llevaría bien con las debilitadas piernas aún a pesar de las menciones deportivas. A su altura la orilla es prácticamente inexistente pues se limita a una escarpada acumulación de pedruscos de variados tamaños así como la que tiene a su frente, morfología debida en parte a la reciente construcción del puente, pues esa zona se usó para acumular los excedentes de la abundante roca granítica que impedía el avance de la autovía. Excedentes que descansan al pie de los mellizos frontones de hormigón que en ambas orillas ascienden como enormes muros a fin nivelar la calzada en su paso

## *El río*



por el valle. El cauce es estrecho, de modo que no hay pilares encofrados que se apoyen en el lecho como sucede en otros viaductos de mayores dimensiones. Las dos grandes fortificaciones hormigonadas que descansan gemelas en ambas orillas lo encierran en una habitación sin un par de tabiques. Trasladarse dificultosamente al par de roquedos que despuntan en la tabla no parece en absoluto una solución, al menos no definitiva. Las aguas mansas que lo cobijan llegan arriba y abajo, poco más allá de la ingente estructura artificial. Y por lo que divisa pasado el hormigón, la inclinación del terreno sumada a la espesa vegetación convierten en inviables tales vías de escape dadas sus disminuciones físicas pero no rechaza completamente la idea a fin de mantener abierto el grifo de la esperanza. Se anima pensando del modo más objetivo posible que le es factible

## *El río*



el nadar malamente hasta una de esas esquinas y arrastrase con la fuerza de sus brazos por la exagerada pendiente, dónde quizá pudiese recibir auxilio una vez al borde de la carretera, carretera de la que le llega de continuo el arrullo del tráfico. Intenta incorporarse sobre el roquedo y sacar su cuerpo fuera del agua pero fracasa de nuevo, grita un juramento a plena voz e inmediatamente se lamenta por haber perdido el control. Había caído en una estupidez, justo después de llegar a la orilla tras la caída ya había intentado ponerse a seco y procurarlo de nuevo sólo sirve para frustrarse y perder el control de uno mismo.

Se obliga a calmarse e intenta proseguir con el proceso lógico que se espera de un profesional preparado para situaciones límite. Sin embargo, la desesperación lo acecha, él lucha pues sabe que lo más importante es mantener la

## El río



cabeza fría pero, por primera vez en su extensa carrera, se plantea sus conocimientos. Sí, muy bien, le es factible superar un mes en el desierto, en la selva o en la tundra con un equipo mínimo. Conoce la fauna y flora de casi todo el globo lo suficiente como para procurarse alimento y saber lo que no debe pisar, puede conducir o pilotar casi cualquier cosa así como disparar desde una vieja *Lugger* hasta un moderno lanzacohetes instalanza de 88.9 mm. Y ahora todo eso me sirve de tanto como si hubiera estudiado filología inglesa, piensa horrorizado. Deja caer la cabeza sobre el pecho...

— ¡Y una mierda! Soy un sargento de infantería de Marina y voy a salir de aquí, AAAAAGGHHHHHHHHHH... —Un par de vencejos dan un cambio brusco en el aire asustados por el grito—.

## *El río*



El cielo, por contrario a días anteriores, luce de azul intenso y sólo unos pocos cirros rompen la monotonía cromática. Abel echa un vistazo en ambos sentidos, observa las formaciones vaporosas. Sabe que las llamadas cola de caballo indican buen tiempo, se lo ratifican un par de estelas dejadas por reactores de pasajeros que permanecen imborrables como un trazo tirado a regla. El saber que no lloverá y que las temperaturas serán benignas con pocas probabilidades de helada le anima un tanto, pues aleja un poco la cercana posibilidad de hipotermia. Es una mentira a medias, teniendo en cuenta que más de medio cuerpo yace en agua fría. Se percata también de que aun faltando un par de horas para ponerse el sol ya puede observar una luna casi llena tachonando el firmamento, ratifica su posición con el astro rey y la orienta cara al oeste. Los razona-

## *El río*



mientos deslavazados sobre banalidades le enganchan en la fortaleza y confianza que busca. No tiene hambre, pero es consciente de que su cuerpo necesita nutrientes con urgencia, sobre todo fuentes de energía que aporten calorías de modo que se obliga a razonar en cómo ingerir algo, pues sabe que además, durante el proceso digestivo, la temperatura corporal sube un mínimo que quizá le permita sobrevivir un tanto más amén de aportarle fuerzas como para intentar escapar. Los deshechos de roca que le rodean aún son demasiado recientes como para que la vegetación se hubiera abierto camino, tampoco observa algas o ranúnculos que asomen en el agua dado lo temprano de la estación, desecha la idea de todos modos, no conoce ninguna especie acuática comestible en esa zona. Aun acercándose a tierra más allá de las estructuras hormigonadas es cons-

## *El río*



ciente de que con la primavera por comenzar no hay bayas o frutos a su alcance, como mucho brotes de helecho. Abel elimina esa posibilidad, de los helechos sólo son comestibles las yemas más jóvenes, los llamados arcos de violín pero son extremadamente amargas y sólo varios hervores cambiando el agua cada vez los hacen comestibles, además, el aporte calórico sería mínimo. Puede que una vez en tierra los hongos fuesen una solución, en la ribera del frente, a su izquierda, hay un pequeño tramo de terreno plagado de jóvenes abedules, a los que siempre crecen asociados los *Kromboziella Escabra*. Sus conocimientos micológicos son amplios, pues aparte de los adquiridos en el ejército, de niño siempre iba con su abuelo a recoger setas al monte, el recordar la complicada nomenclatura binomial científica se le antoja ahora inútilmente estúpido. Es en este

## *El río*



momento donde gran parte de su vida preparatoria le sabe a fracaso y tiempo perdido. Por un momento divaga, recordando los lentos paseos con el anciano y la calma con que éste le explicaba sus conocimientos sobre los hongos, siempre navaja y bastón en ristre. Sabe que a pesar del frío, inconveniente para el desarrollo de las setas, es una posibilidad, de modo que la anota mentalmente mientras conjura otras nuevas. Además, una vez en la orilla, de llegar al empinado bosquecillo podría intentar encender fuego y calentarse. Se percata de que suceda lo que suceda no va a pasar allí un número suficiente de horas como para plantearse la pesca como una salida.

Necesita comida con urgencia no a largo plazo, no le sirve ni siquiera a medio.

Se le ocurre podría buscar anfibios hibernando y

## *El río*



larvas acuáticas de insectos removiendo el fango del cauce pero, dadas las piedras que lo envuelven teme que no existan tales lodos por el poco tiempo que han permanecido bajo el agua. Sosteniéndose únicamente con el derecho busca con el brazo libre por entre las piedras que quedan a su alcance, desesperantemente sólo le corresponde el áspero tacto del granito. Decide entonces que debe hacer un esfuerzo y trasladarse un tanto a izquierda o derecha hasta salir del caos de rocas que lo envuelve. Ha determinado que la búsqueda en el fango es la fuente de comida más factible y práctica, influenciado por los abedules se inclina por moverse hacia su izquierda. El recorrido hasta al final de las piedras son escasos metros, pero que se le antojan pueden convertirse en kilómetros.

Afianza los brazos a su espalda y con la fuerza que

## *El río*



imprimen sus hombros avanza desplazado las manos tras de sí. La postura ya sería incómodamente dificultosa estando entero, pero el darse la vuelta y avanzar con el pecho contra el roquedal podría convertirse en un martirio de dolor por los más que probables golpes de sus piernas con los cantos. Apretando los dientes medio por el dolor provocado por el movimiento medio por el esfuerzo avanza hacia su siniestra dificultosamente. Muy poco a poco, aunque antes de lo que pensaba, llega al final del pedregal. La orilla, ya de tierra y vegetación, irrumpe abrupta en el agua de modo que prefiere quedarse en la última de las rocas, lamenta no sea un tanto más pequeña pues quizá de ese modo podría intentar sentarse. Resollando, decide concederse un pequeño descanso.

Siente deseos de orinar pero estima mantendrá me-

## *El río*



jor su temperatura corporal si acumula el líquido en su vejiga. Además, ahora pretende distraerse con la búsqueda de comida. Cargando precariamente su peso sobre el brazo izquierdo introduce el derecho en el lodo justo a nivel de la superficie del agua, encuentra poca resistencia y comienza la prospección abriendo un amplio trazo de unos irregulares cuarenta centímetros de diámetro. En esta primera capa de sedimentos afloran unas cuantas larvas de libélula de buen tamaño que son atrapadas y tras la una descuidada decapitación son a su vez consumidas, es consciente del fantástico aporte calórico y proteico que suponen. Aun sin mucha sed bebe un poco de agua para favorecer la asimilación pues la digestión de prótidos requiere gran cantidad de agua.

Sigue removiendo el lodo y aparece alguna que

## *El río*



otra lombriz entre larvas de otros insectos de menor tamaño. Se come todo lo que se mueve, pero, aún así, la cantidad se muestra obviamente insuficiente. Sin embargo, por primera vez, la suerte lo acompaña cuando entre el barro ya a unos centímetros de profundidad topa con una adormecida rana del tamaño de su palma, la mantiene un tanto en su mano a fin de que se reactive la circulación del animal y aprovechar más fácilmente su escasa sangre. Sujutando el cuerpo con el puño y empujando con el pulgar la triangular cabeza rompe la columna del anfibio causando la muerte inmediata. Con los incisivos rasga el suave vientre blanco de la rana y absorbe las gotas de sangre que logra extraer aprovechando la enorme calidad como alimento que supone el líquido fresco. En circunstancias de supervivencia un tanto más normales la habría despellejado

## *El río*



y aprovechado tan sólo las ancas pero, tal como están las cosas, le hinca los dientes directamente y va tomando la fría carne de entre los huesecillos, en un par de minutos acaba incluso con los menudos. La cantidad de alimentos no llena su estómago pero como aporte de principios inmediatos parece suficiente. Retoma el resuello y limpia sus manos y cara lo mejor que puede. La pequeña victoria es un avance y su ánimo se aviva, medio sonríe y recita para sí el viejo brindis de los mercenarios del Congo: *“Vive la mort, vive la guerre, vive le sacré mercenaire.”* Le queda poco tiempo de luz.

Es necesario tomar una determinación, pues aún siendo la decisión equivocada, el empeño de una meta lo mantendrá con vida y él lo sabe. Dado el poco tiempo que le resta se inclina por cruzar la suave corriente y allegarse

## *El río*



hasta el bosquecillo de jóvenes abedules que divisa. Sin darse opción a más se impulsa con brusquedad y gimiendo por el dolor avanza lentamente moviendo los brazos con un depurado estilo braza y dejando las piernas inertes tras de sí, como si las arrastrase. A medio cauce comienza a buscar un asidero en la escarpada orilla, un buen trecho a su izquierda, al comienzo de las aguas bravas, la orilla sufre un peralte que asoma como un metro por encima del agua y que permite ver distintos estratos de tierra, divisa una maraña de raíces que está seguro le servirán de acomodo. Se deja arrastrar por la floja corriente nadando más suavemente y llega a su objetivo donde se aferra de unas nudosas ramas del grosor de un par de dedos. Perpendicular a la orilla descansa un momento para retomar el aliento, notando la fuerza incrementada de la corriente. Con el

## *El río*



esfuerzo y la falta de aire se le hace imposible mantener la incontinencia, se mea encima. Patéticamente, la sensación de calor resulta agradable en primera instancia, pero una vez termina, la frialdad del agua se revela más intensa.

Se toma un descanso que considera ganado. El siguiente paso es salir del agua, pero parece trabajo de titanes dada la abrupta orografía de terreno y lo mermado de sus condiciones físicas. Como a su izquierda las aguas giran revoltosas, sólo queda la diestra. Antes de encontrar de nuevo pedruscos tiene unos tres metros de orilla que parece tajada con un enorme cuchillo por el río. Sonríe ante la ironía de lo fácil se le antojaría alcanzarla en un día normal.

Siente como un fognazo de intensa luz, la visión se vuelve un instante borrosa, la inconsciencia acecha. El

# El río



esfuerzo del trecho nadado muestra su cicatriz. Hay que tomárselo con algo más de calma. Por encima de todo, la cabeza debe permanecer despejada.

El crepúsculo anuncia lo próximo de la oscuridad penumbrosa del bosque durante la cercana noche. El tiempo se acorta. La lucha se muestra quizá inútil.

Todo el sufrimiento y el esfuerzo quizá se desvanecen para olvidarse.

Quizá hubiera sido más práctico dejarse arrastrar por la corriente ya tras la caída. A qué todo el sufrimiento posterior.

Veinticuatro horas antes leyendo una vieja edición de *Armas portátiles del mundo* en un Boeing camino de casa tras años de ausencia y ahora allí en el río que kilómetros abajo le vio jugar y pescar de niño muriendo angustiada-

# El río



mente.

El agua, que discurría pero siempre permanecía en el mismo lugar, había marcado su vida. Tumbos por medio mundo para acabar como almuerzo putrefacto de los nietos de los mismos peces que pescaba siendo chico. Sonríe viendo como el agua arrastra los sedimentos de su memoria. Arrastra y arrastra, pero siempre hay agua.

Se defrauda, se frustra...

AAAAAAAAAAAAAAAAHHHHHHHHHHHHHHH

HH...

Un petirrojo alza el vuelo desde uno de los abedules.

La muchacha deposita con cuidado el tazón de ce-

## *El río*



reales y el zumo de naranja. El enorme ventanal asoma a la costa coruñesa mostrando un embravecido Atlántico en el inestable frío de Marzo. Carlos, aburrido, comienza a desayunar sin ganas, enfrente su padre sorbe café caliente leyendo el periódico. Sin más a dónde mirar Carlos se entretiene ojeando la portada y contraportada que su padre le muestra al alzar el periódico entre trago y trago. Una acotación, de las más pequeñas de primera plana entre dos repetitivas noticias de orden político, llama su atención. Sinópticamente relata el descubrimiento del cadáver por identificar de un hombre con múltiples fracturas y heridas, aterido y firmemente agarrado a la valla de protección de la autovía A-6 a algo más de treinta kilómetros de Lugo.